NEW LEFT REVIEW 92

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2015

ARTÍCULOS

JOE TRAPIDO — El gigante desbordado de África 7

NUEVAS MASAS

JOSHUA WONG — Escolarismo en marcha 46
SEBASTIAN VEG — Sobre el Movimiento de los Paraguas 59

ARTÍCULOS

FRANCO MORETTI Y DOMINIQUE PESTRE — Jerga bancaria 81
FREDRIC JAMESON — La estética de la singularidad 109

CRÍTICA

ADAM TOOZE — Cómo manejar mal la crisis 143
EMILIE BICKERTON — La cultura después de Google 153
ACHIN VANAIK — Los maoístas nepalíes en el poder 165

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO

Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación

traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

Franco Moretti y Dominique Preste

JERGA BANCARIA

El lenguaje empleado en los informes del Banco Mundial

¿Qué puede decirnos el análisis lingüístico cuantitativo acerca de las operaciones y la perspectiva de las instituciones financieras internacionales? A primera vista, las palabras usadas con más frecuencia en los informes Anuales del Banco Mundial dan la impresión de una continuidad ininterrumpida[1]. Siete se sitúan casi en la cima en todo momento: tres sustantivos –*banco, préstamo(s), desarrollo*– y cuatro adjetivos: *fiscal, económico, financiero, privado*. A este septeto se unen otros cuantos sustantivos: *birf, países, inversión(es), interés, programa(s), proyecto(s), asistencia* y, aunque inicialmente menos frecuentes, *actividad crediticia, crecimiento, coste, deuda, comercio, precios*. Hay también un segundo conjunto, menos colorido, de adjetivos *otro, nuevo, tal, neto, primero, más, general,* más *agrícola,* sustituido parcialmente en la década de 1990 por *rural*[2]. El mensaje está claro: el Banco Mundial presta dinero con el fin

[1] Dos estudiosos que trabajan en disciplinas diferentes no tienen por lo general la oportunidad de aprender cada uno de la investigación del otro ni la libertad mental de imaginar un proyecto conjunto y duradero. Esto es, sin embargo, exactamente lo que nos ocurrió a nosotros en el Wissenschaftskolleg de Berlín durante la primavera de 2013; tras nuestro encuentro, los investigadores del Stanford Literary Lab nos ayudaron a convertir una idea vaga en una serie de resultados sólidos. A todos aquellos que han hecho posible este estudio, nuestro más sincero agradecimiento.

[2] Nuestro corpus está formado por el texto completo de los Informes Anuales del Banco Mundial, 1946-2012, excluidos presupuestos y todos los gráficos financieros. La palabra *banco* usada en los informes hace por lo general referencia al Banco Mundial. El Banco Internacional de la Reconstrucción y Fomento (birf) fue la institución original del Banco Mundial, establecida en 1944 en Bretton Woods; ahora está incluido en el Grupo del Banco Mundial, que incluye una entidad de inversión privada, una entidad aseguradora, un foro de arbitraje y la International Development Association (ida), establecida en 1960 para ofrecer créditos sin interés y donaciones a los países más pobres. Una introducción a la historia del Banco Mundial escrita desde la institución es la de Devesh Kapur, John Lewis y Richard

de estimular el desarrollo, notablemente en el Sur rural, y está relacionado por consiguiente con préstamos, inversiones y deudas. Trabaja mediante programas y proyectos, y considera el comercio como una fuente clave de crecimiento económico. Al ocuparse del desarrollo, el Banco trata con todo tipo de asuntos económicos, financieros y fiscales, y está en contacto con empresas privadas. Todo muy sencillo, y perfectamente claro.

Y, sin embargo, tras esta fachada de uniformidad se ha producido una gran metamorfosis. He aquí cómo describía el mundo el Informe Anual de 1958:

> El actual sistema de transporte del Congo está dirigido principalmente al comercio exportador, y se basa en la navegación fluvial y en vías férreas que conducen de los puertos fluviales a las regiones productoras de minerales y de productos agrícolas básicos. La mayoría de las carreteras avanzan en un radio corto desde las ciudades, proporcionando comunicaciones desde las explotaciones agrícolas al mercado. En años recientes, el tráfico por carretera ha aumentado rápidamente con el crecimiento del mercado interno y la mejora de los métodos de cultivo.

Y he aquí el informe de medio siglo más tarde, en 2008:

> *La nivelación del campo de juego en cuestiones globales*
>
> Los países de la región están emergiendo como actores clave en asuntos de interés global, y la función del Banco ha sido la de apoyar sus esfuerzos estableciendo alianzas mediante plataformas innovadoras para un diálogo perceptivo y para la acción sobre el terreno, así como apoyando la cooperación Sur-Sur.

Es casi otro lenguaje, tanto en el aspecto semántico como en la gramática. La principal discontinuidad, como veremos, se observa principalmente entre las tres primeras décadas y las dos últimas, desde comienzos de la de 1990, cuando el estilo de los informes se vuelve mucho más codificado, autorreferente y desconectado del lenguaje cotidiano. Es esta jerga bancaria la que protagonizará las próximas páginas.

Webb (eds.), *The World Bank: Its First Half Century*, 2 vols., Washington, DC, 1997; entre las múltiples historias críticas, véase la de Michael Goldman, *Imperial Nature: The World Bank and Struggles for Social Justice in the Age of Globalization*, New Haven (CT), 2005.

1. Transformaciones semánticas

Los sustantivos son elementos centrales de los informes Anuales del Banco Mundial. Durante las dos primeras décadas, 1950-1970, los más frecuentes pueden incluirse en dos grupos principales. El primero, como es obvio, abarca las actividades económicas del Banco: *préstamo(s), desarrollo, energía* (en el sentido de electricidad), *programa, proyectos, inversión, equipamiento, producción, construcción, fábrica;* más abajo en la lista se sitúan *empresas, instalaciones, industria, maquinarias,* seguidas por una ristra de términos concretos como *puerto, carretera, acero, regadío, kWh, río, autopista, vía férrea;* y por último *madera, pulpa, carbón, hierro, vapor, acero, locomotoras, diésel, flete, presas, puentes, cemento, química, acres, hectáreas, drenaje, cosecha, ganado vacuno, cabañas ganaderas*. Todo muy apropiado para un banco que ofrece préstamos e inversiones (los únicos términos explícitamente financieros de esta larga lista) para promover una variedad de proyectos de fomento de infraestructuras[3].

El segundo grupo de sustantivos es mucho menor (solo una docena de palabras) y describe cómo funciona de hecho el Banco. Enfrentados a las exigencias existentes, sus expertos analizan *cifras,* pero también hacen *visitas*, realizan *informes* y efectúan *misiones* sobre el terreno; los ingredientes clásicos en el enfoque científico de una situación compleja, que exige la presencia activa de los expertos para recopilar y elaborar los datos. Después, el Banco procede a *asesorar* a los países, *sugerir* soluciones, *ayudar* a los gobiernos locales y *asignar* sus préstamos. Retóricamente, los programas de inversión están definidos por las necesidades de la economía local, de acuerdo con la idea básica de que la inversión en infraestructuras conducirá al desarrollo económico y al bienestar social. Al final de cada ciclo, el Banco especifica lo que se ha *prestado, gastado, pagado* y *vendido,* y describe el equipamiento –*presas, fábricas, sistemas de regadío*– puesto en marcha. Se establece un vínculo claro entre el conocimiento empírico, los flujos de dinero y las construcciones industriales: el conocimiento va asociado con la presencia física in situ, y con los cálculos efectuados en la sede central del Banco; los flujos de dinero implican la negociación de préstamos e inversiones con cada uno de los países; y la construcción de puertos, centrales eléctricas, etcétera, es el resultado de todo el proceso. En esta secuencia eminentemente

[3] En el universo sólidamente «material» de las primeras décadas del banco escasean los adjetivos: aparte de *fiscal, económico* y *financiero,* solo *eléctrico* e *hidroeléctrico* tienen una presencia significativa, seguidos más tarde por *lácteo,* que señala una preocupación por la salud, la agricultura y la vida familiar.

temporal, una fuerte sensación de causalidad relaciona los expertos, los préstamos, las inversiones y las realizaciones materiales.

Aparte del Banco, en los textos de este periodo aparecen tres tipos de actores sociales: *Estados* y *gobiernos; empresas, bancos* e *industria; ingenieros, técnicos* y *expertos*. Esta ontología social confirma la percepción habitual de que la reconstrucción de posguerra fue industrial, fordista y keynesiana. Los protagonistas del crecimiento económico son los empresarios y los banqueros, que colaboran con empresas industriales, economistas e ingenieros para poner en marcha proyectos dentro de un marco nacional presidido por un Estado. Lo que debe gestionarse es *la economía* –«la estructura o la totalidad independiente de las relaciones de producción, distribución y consumo de bienes y servicios dentro de un espacio geográfico dado», como lo ha expresado Timothy Mitchell–, cuyos resultados se optimizan mediante «un moderno aparato de cálculo y de gobierno»[4]. Con ayuda del Banco, los gobiernos ajustan las inversiones y los parámetros financieros para *modernizar* los países: es decir, *industralizarlos,* empezando por las infraestructuras materiales básicas. Es el legado de Walt Whitman Rostow, autor de *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto* (1960) y asesor político clave de los gobiernos, de Eisenhower a Johnson, en Estados Unidos. El desarrollo avanza en fases, y su «despegue» es activado por la producción de materias primas, la creación de infraestructuras y un sector agrícola orientado a las exportaciones.

Hagamos una breve pausa en un fragmento específico de 1969. Aparece en la introducción general del informe, en una sección referente a préstamos agrícolas, y su lenguaje es tan simple que casi parece anódino:

> Muchos países en vías de desarrollo necesitan transformar su agricultura [...], el Grupo del Banco Mundial sigue fomentando estas tendencias mediante préstamos para el desarrollo agrícola en general, que ascendieron a 72,2 millones de dólares en el ejercicio económico de 1969. Se fomentaron, mediante la concesión de préstamos o créditos, la diversificación de nuevos cultivos que proporcionan ingresos económicos o la mejora de la producción de los existentes, para devolver a su nivel normal la producción tradicional de café en Burundi; el fomento del aceite de palma en Camerún, Dahomey, Costa de Marfil y Papúa; la reforestación en Zambia; y la mecanización del cultivo del sorgo, el sésamo y el algodón en Sudán [...]. Un préstamo de 13 millones de dólares concedido por el Banco a India finan-

[4] Timothy Mitchell, *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil*, Londres y Nueva York, 2011, pp. 125, 123.

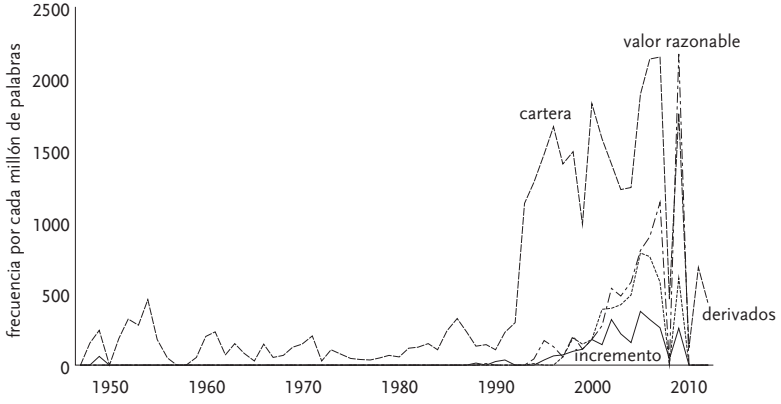
> ciará la producción de semillas de las variedades de granos alimenticios de alto rendimiento; cuando esté plenamente desarrollado, el proyecto producirá suficientes semillas para sembrar tres millones de hectáreas con las nuevas variedades. Es el primer préstamo efectuado por el Banco para la producción de semillas.

Aparte de la inicial exigencia de que la agricultura «necesita» cambiar, la nota dominante es de precisión en los datos: cantidades, países, materiales, actividades productivas, objetivos de las inversiones. Abundan los sustantivos y escasean los adjetivos: están describiendo las cosas, no haciendo publicidad de ellas. Los verbos especifican el tipo de acción pretendida: *fomentar, proporcionar, mejorar, apoyar, diversificar, producir, financiar*. El tiempo verbal presente informa de lo que ocurre ahora (*el Banco* sigue *fomentando*); cuando un proyecto no ha sido lanzado aún, el tiempo cambia al futuro (el crédito *financiará* la producción de semillas), mientras que el pasado hace relación a lo que ya se ha efectuado (se *fomentó* la diversificación, los préstamos *ascendieron a* 72,2 millones de dólares). Demarcando claramente los logros pasados, las acciones presentes, las políticas necesarias y los proyectos futuros, esta estructura temporal refuerza la sensación de objetividad de los primeros informes.

Finanzas, gestión, gobernanza

Pasemos ahora a décadas más recientes. Tres nuevos grupos semánticos caracterizan el lenguaje del Banco desde comienzos de la década de 1990. El primero –y más importante– está relacionado con las finanzas: aquí, junto con unos cuantos adjetivos previsibles (*financiero, fiscal, económico*) y sustantivos (*préstamos, inversión, crecimiento, interés, actividad crediticia, deuda*) predecibles, encontramos una avalancha de *valor razonable, cartera, derivados, acumulación, avales, pérdidas, contabilidad, activos;* un poco más abajo en la lista, *capital accionarial, cobertura, liquidez, pasivos, solvencia, quiebra, swaps, clientes, déficit, reposición, recompra, recursos de tesorería*. En lo referente a frecuencia y densidad semántica, este grupo solo puede compararse con las infraestructuras materiales de las décadas de 1950 y 1960; ahora, sin embargo, el trabajo en agricultura e industria ha sido sustituido por un abrumador predominio de las actividades financieras. El gráfico 1 es una buena ilustración de las nuevas prioridades del Banco Mundial.

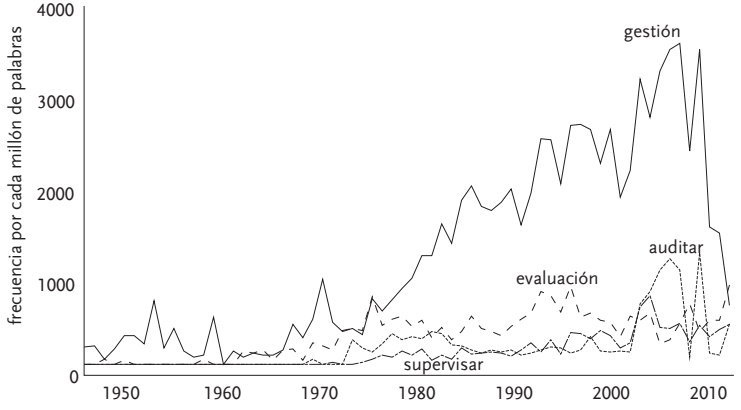
Gráfico 1: El ascenso del lenguaje financiero, 1950-2010



Portfolio [cartera], aunque presente desde el comienzo en el texto de los informes, experimenta un vertiginoso aumento –entre cinco y diez veces– a mediados de la década de 1990, que es también el momento en el que aumenta la frecuencia de los demás términos.

El segundo grupo está relacionado con la *gestión*: un sustantivo que, en términos absolutos, es el segundo más frecuente de la última década (¡por debajo de *préstamos,* pero por encima de *riesgo* e *inversión*!). En el mundo de la «gestión», las *personas* tienen *objetivos* y *agendas;* enfrentadas a *oportunidades, retos* y situaciones *críticas,* elaboran *estrategias*. Para apreciar la novedad, recordemos que, en las décadas de 1950-1960, las *cuestiones* eran *estudiadas* por expertos que *supervisaban* y efectuaban *misiones,* publicaban *informes, ayudaban, asesoraban* y *sugerían programas*. Con el advenimiento de la *gestión,* el centro de gravedad cambia a *enfocar, fortalecer* e *implementar*; uno debe *supervisar, controlar, auditar, calificar* (gráfico 2); *asegurarse* de que todo se hace adecuadamente y al mismo tiempo ayudar a las *personas* a *aprender* de los errores. Las múltiples herramientas a disposición del gestor (*indicadores, instrumentos, conocimiento, experiencia, investigación*) mejoran la *eficacia,* la *eficiencia,* el *rendimiento,* la *competitividad* y, ni que decir tiene, promueven la *innovación*.

Gráfico 2: Discurso de gestión



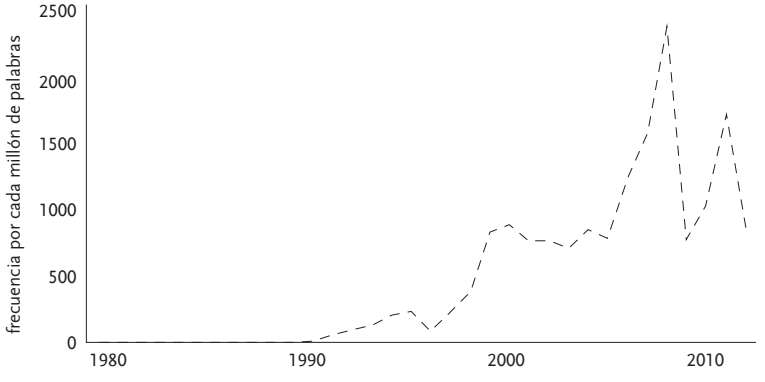
Aunque nunca estuvo ausente del vocabulario del Banco, *management* [gestión] empezó su ascenso a finales de la década de 1970, cuando la cuestión de la deuda se volvió fundamental, y posteriormente estuvo asociada con las drásticas políticas de «ajuste estructural» impuestas por la ofensiva neoliberal. Pero hasta las décadas de 1990-2000 no se instaló verdaderamente el discurso de la gestión, que insinúa –al menos de manera subliminal– que las actividades del Banco Mundial están siendo constantemente evaluadas y certificadas por las herramientas más avanzadas y los mejores expertos, y que, en consecuencia, sus inversiones son fruto de una reflexión seria y sus resultados, inmejorables.

Para entender mejor este «discurso de la gestión», como Boltanksi y Chiapello lo denominan en *El nuevo espíritu del capitalismo*, decidimos efectuar un pequeño experimento. Tomamos dos expresiones relacionadas –*pobreza* y *reducción de la pobreza*– y observamos el número de veces que aparece entre 1990 y 2010, comparando sus respectivas «agrupaciones»: es decir, las palabras que tienden a aparecer con más frecuencia en su proximidad inmediata. Cerca de *pobreza,* la nota dominante era la de un realismo económico directo: *banco* era la palabra más frecuente; *millón,* la segunda; y después *total, coste, población, ingresos, servicios, problemas, trabajo, producción, empleo, recursos, alimentos, salud, agricultura*. Lo cual tiene perfecto sentido, porque estos son de hecho los términos que definen el perímetro de la pobreza. Lo que no tiene sentido, por el contrario, es que solo cuatro de ellos –*servicios, trabajo, recursos, salud*– reaparezcan cerca de la expresión *reducción de la pobreza*. La pobreza es el problema, reducción de la pobreza es la política que debería abordarla; deberían tener muchos términos principales en común. Y, sin embargo, las agrupaciones más características de *reducción de la pobreza*

no son *coste, población, ingresos* –y mucho menos *producción* o *empleo*–, sino *estrategias, programas, políticas, foco, clave, gestión, informe, objetivos, enfoque, proyectos, marco, prioridades, documentos*. El «discurso de la gestión» en toda su gloria. No importa el empleo ni los ingresos: *foco, clave, enfoque, marco*, estos son los términos fundamentales para reducir la pobreza. Política convertida en papeleo administrativo, en la que *objetivos, prioridades* y *documentos* avanzan penosamente por el departamento conocido –en el lenguaje de los informes, obsesionado con las siglas– como PREM: Poverty Reduction and Economic Management.

El tercer grupo semántico de las dos últimas décadas comprende *gobernanza* [*governance*] y *conducta moral*[5]. En primer lugar, la *gobernanza:* este término tan característico del lenguaje del Banco Mundial apareció por primera vez en una densa frase del informe de 1990 –«la fortaleza de las instituciones y el personal de gestión y la calidad de la gobernanza determinan también en qué medida reforman adecuadamente las políticas puestas de hecho en práctica»– y después aumentó su presencia hasta el punto de que ahora es tan frecuente como *alimentos*, y aparece diez veces más que *ley*» y cien veces más que *política* (gráfico 3)[6].

Gráfico 3: El ascenso de *gobernanza*



[5] Dominique Pestre (ed.), *Le gouvernement des technosciences. Gouverner le progrès et ses dégâts depuis 1945,* París, 2014.

[6] Cuando una palabra se vuelve tan pandémicamente frecuente, sus usos se multiplican sin control, y enseguida nadie sabe ya lo que significa. He aquí al principal comentarista económico del *Financial Times,* Martin Wolf, acerca de las elecciones indias celebradas el 21 de mayo de 2014: «El lema [de Modi] –"menos gobierno, más gobernanza"– ha calado en el ánimo de la ciudadanía. Aunque no está claro qué significará en la práctica». Y Robert Zoellick, expresidente del Banco Mundial, se refiere en ese mismo periódico a la política china: «Las reformas se centrarán en la gobernanza económica y la modernización. Estos términos pueden parecerles ambiguos a los occidentales» (13 de junio de 2014). En un maravilloso giro del lenguaje, el término blandido por el Banco Mundial para amonestar a las economías en vías de desarrollo es ahora utilizado por esas mismas economías como camuflaje defensivo contra la vigilancia occidental.

> En su irresistible ascenso, *gobernanza* ha ido invariablemente asociada con palabras de naturaleza positiva, eufórica incluso: *bueno, reformas, ayuda, crecimiento, esfuerzos, capacidad, transparencia, educación, eficacia, progreso, estabilidad, protección, salud, acceso, aplicación, humano, nuevo, sólido, sostenible, fuerte, mejor, más y muy*. El mismo mensaje lo transmiten los verbos, que a menudo aparecen en tiempo continuo, como para identificar la noción de gobernanza con una actividad continua e incansable: *mejorar/ando/ado, fortalecer/ciendo, apoyar/ando, incluyendo, construyendo, promoviendo, ayudar/ando, reestructurando*. La única oveja negra en esta estimulante lista es *corrupción*. (Cuando uno de nosotros consultó a un empleado del Banco Mundial el significado de gobernanza, la respuesta fue: «Lo opuesto a corrupción»). En otras palabras, a diferencia del *gobierno*, que puede ser bueno, malo o incluso muy malo, la gobernanza solo puede ser buena. Es difícil encontrar otro término del discurso político con el mismo sesgo unidimensional.

Tres adjetivos siguen a *gobernanza* en su irresistible avance: *global, medioambiental, civil*. Están complementados por *diálogo, partes interesadas, colaboración, asociación, comunidades, poblaciones indígenas, responsabilidad,* así como *clima, naturaleza, natural, bosque, contaminación*. Hasta *salud* y *educación* han acabado cerca de la órbita de la *gobernanza* (gráficos 4 y 5).

Por último, el grupo semántico de *gobernanza* incluye una serie de términos que expresan un sentido de compasión, generosidad, rectitud o empatía con los problemas del mundo. Prácticamente ausentes en décadas anteriores, estas afirmaciones éticas emergen a mediados de la de 1980 y se convierten en una segunda naturaleza a comienzos de la de 1990, cuando *responsable, responsabilidad, esfuerzo, compromiso, participación, compartir, cuidado* están repentinamente en todas partes[7]. Y el Banco tampoco es ajeno a las personas *frágiles* y *vulnerables,* a la *pobreza* (revitalizada en 1995 por el nuevo presidente, James Wolfensohn), y a todo lo *humano* (gráfico 6). Este grupo incluye también *derechos, ley, justicia* y *(anti)corrupción*. Las personas, la conducta y los resultados son *destacados, significativos, importantes, coherentes, firmes, buenos, mejores*. *Realzar* y *promover* lo *adecuado, equitativo* y *sensato:* este es el credo del Banco. El efecto en general es de dedicación y compromiso; el sentido de la responsabilidad del Banco es tan admirable como su eficiencia.

---

[7] La expresión valor *razonable* –en la que el adjetivo de connotación ética mitiga el realismo empresarial del sustantivo– es especialmente interesante a este respecto.

Gráfico 4: La galaxia de la gobernanza, 1

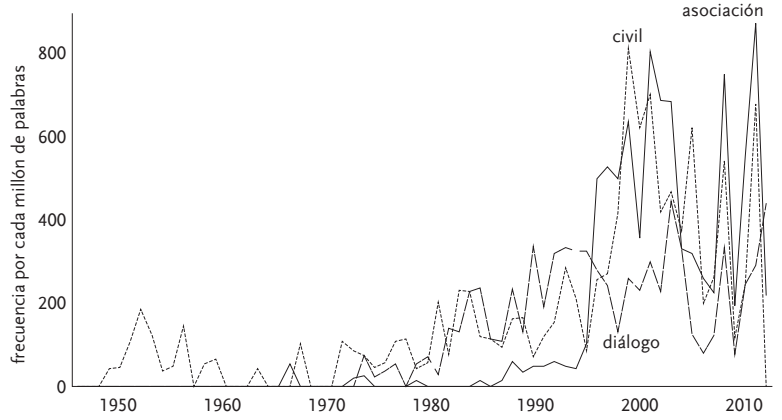
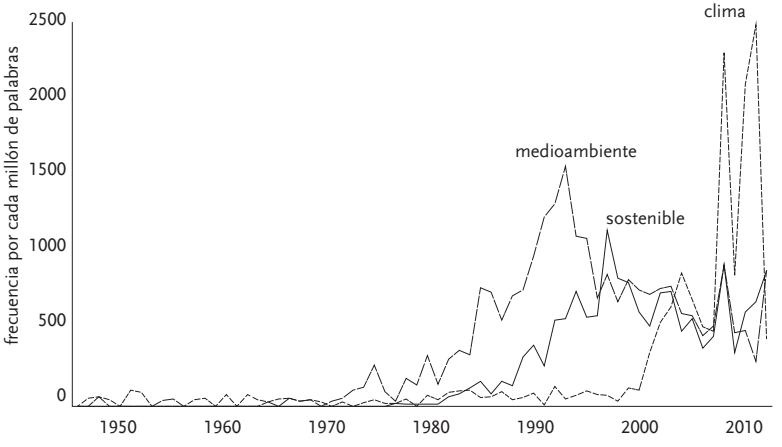


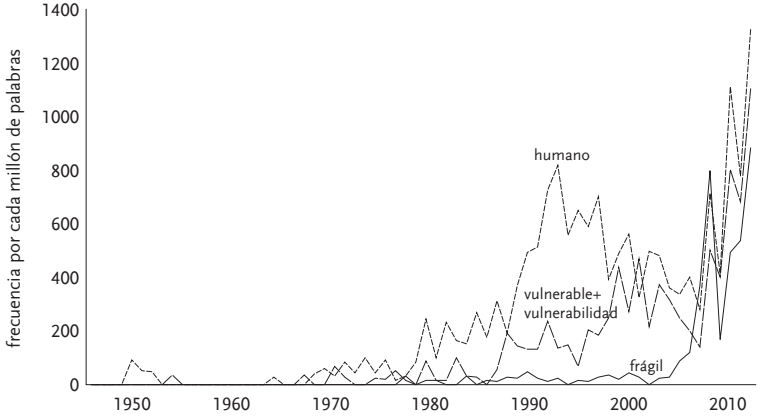
Gráfico 5: La galaxia de la gobernanza, 2



Civil ha ido asociado con diversos sustantivos a lo largo de los años, pero su ascenso en la década de 1980 va ligado a la expresión *sociedad civil y organizaciones de la sociedad civil* (OSC). *Diálogo* –principalmente con OSC y ONG– crece desde mediados de la década de 1970 hasta mediados de la de 1990; *asociado/asociación* emerge más tarde, desde mediados de la década de 1990, cuando los proyectos con otras organizaciones globales (ONC, FMI, ONU...) se hacen cada vez más frecuentes. Todas estas oleadas indican los correspondientes giros sutiles en el significado institucional de *gobernanza*. *Medioambiente* aparece en la década de 1970 y experimenta un ascenso meteórico en la de 1980. *Desarrollo sostenible* aparece una década más tarde (tras la publicación del Informe Brundtland en 1987), y su ascenso por la cuerda floja semántica –que pretende

eliminar la cruda antítesis entre el crecimiento económico y la protección del medio ambiente– lo hace tan importante como *medioambiente* a partir de 1995. *Clima* (en el sentido de cambio climático) se hace significativo en la década de 2000 –absorbiendo en gran medida las referencias al *medioambiente*– aunque la mayoría de sus apariciones están relacionadas de hecho con *clima empresarial*.

Gráfico 6: El Banco Bueno



Detengámonos nuevamente en un fragmento específico para añadir cierta textura a nuestro análisis. He aquí el comienzo del informe de 2012:

> *El Banco Mundial está comprometido con el logro y la comunicación de resultados.*
>
> En su continua dedicación a la superación de la pobreza y la creación de oportunidades para las personas de los países en vías de desarrollo, el Banco hace progresos internos y sobre el terreno, y sigue mejorando su forma de servir a sus países clientes.

Un lugar lleno de «oportunidades» que los pobres pueden aprovechar para cambiar su situación: así es como el Banco ve el mundo. Dentro de este escenario, su actividad consiste en establecer el marco jurídico y cultural necesario para que prosperen diversas iniciativas; todavía inversión en infraestructuras, en cierto sentido, solo que ya no están hechas de piedra y acero. El Banco es *dedicado* y *comprometido,* juicioso, ha invertido en un mundo mejor. Es innovador, su dedicación *continua,* pensando constantemente en *mejorar* y *servir* a los países pobres, que son sus... *clientes*.

¿Clientes? Al principio la palabra suena discordante: si *dedicación* sugiere un universo de justicia moral, *cliente* hace referencia a empresa, intereses

racionales y relaciones de poder. Al relacionarlos deliberadamente en una única oración, sin embargo, el Banco sugiere que ya no mantienen su oposición: hoy en día, la empresa está atenta tanto a las *partes interesadas* como a los *accionistas*; como la sociedad civil y el propio Banco, es social y medioambientalmente *responsable,* y está comprometida con la *gobernanza sostenible,* hecha de múltiples *alianzas*. La ética está en el centro del mundo empresarial y de sus relaciones contractuales.

Complejidad y crisis

Tras establecer los dos paradigmas opuestos del discurso del Banco Mundial, esbocemos brevemente el proceso que condujo de uno a otro. Dejando aparte unos cuantos ajustes, el marco intelectual que definía las operaciones del Banco en las décadas de 1950 y 1960 permaneció fundamentalmente activo hasta finales de la de 1970: regadíos, aplicación de productos químicos, la Revolución Verde y la sinergia industria-infraestructura siguen siendo los ingredientes clave del despegue económico. Pero la creencia en un enfoque lineal va perdiendo fuerza: a finales de la década de 1960 estaba claro que si construir infraestructuras es relativamente sencillo, su funcionamiento fiable a largo plazo, no: exige especialistas, trabajadores cualificados y la aportación regular de productos clave como la electricidad, nada de lo cual puede a menudo darse por sentado en los países del Sur. Para empeorar las cosas, los intercambios internacionales no parecen respetar ni las esperanzas del Banco ni las teorías del desarrollo *à la* Rostow. Los precios de las materias primas agrícolas –cruciales para las economías del Sur– distan mucho de ser estables y experimentan grandes caídas, de las que es difícil recuperarse. Las consecuencias de dicha inestabilidad pueden ser terribles: con la caída de los precios, los países en vías de desarrollo no pueden permitirse perseverar en la senda virtuosa en virtud de la cual las materias primas dirigidas a la exportación financian el crecimiento de las infraestructuras... y el reembolso de los préstamos extranjeros. Consciente de sus inversiones, el Banco está preocupado.

El lenguaje de los informes se adapta al entorno cambiante; palabras como *materias primas* o *mejoras* sitúan el análisis en un nivel de abstracción más elevado que, pongamos, *centrales hidroeléctricas* y *cemento*. Y puesto que liderar el mundo basándose meramente en las infraestructuras materiales ya no parece suficiente, se tienen en cuenta otros «factores»: el mercado, por supuesto, pero en especial el «factor humano». Al convertirse en presidente del Banco en 1967, Robert

McNamara sitúa la «guerra contra la pobreza» de Lyndon B. Johnson en el centro de su estrategia. Es la época de las *pequeñas explotaciones agrarias* y las *cooperativas* (débiles ecos de la descolonización y la inquietud social); de los *agricultores* (antes marginales para la política del Banco); de las *familias* (y pronto las *mujeres*). La *educación* se ve ahora como algo indispensable para mantener el progreso, junto con *colegio, primaria, secundaria, educativo, formación*. Es la hora de la explosión de las *ciudades* (y los barrios miseria); de la emigración rural, y del deterioro del modo de vida *urbano* (un adjetivo ubicuo); de ahí una larga lista de nuevos problemas: *vivienda, drenaje, alcantarillas*.

En la segunda mitad de la década de 1970, la crisis del petróleo introduce nuevos elementos exógenos. Palabras como *deuda, endeudado y endeudamiento* se vuelven cada vez más frecuentes, junto con las referentes a la solvencia (o falta de solvencia) de un país: *coste(s), exportaciones, cofinanciación*. El discurso de la *reforma* –destinado a un éxito inimaginable– empieza a tomar forma. Y puesto que la deuda va ligada a la evolución de los *precios,* también estos se hacen más visibles en los informes (de hecho, es asombroso lo *in*visibles que habían sido antes). La crisis revela al Banco Mundial como, de hecho, un banco, al que le resulta difícil recuperar sus préstamos: algo que puede parecer obvio, pero que, hasta entonces, había permanecido en gran medida silenciado.

En respuesta a todo esto, la cadena causal que enlaza *préstamos* y *desarrollo,* inversiones y progreso económico, se alarga para incluir las familias y la educación, los pequeños agricultores y ganaderos, y los sistemas de alcantarillado. No se trata de un ajuste irrealizable, e incluso la lógica de la deuda sigue pareciendo razonablemente sencilla: hay préstamos, exportaciones inestables, reembolsos problemáticos, las interconexiones están claras y son comprensibles. Pero el mundo visto a través de los informes del Banco Mundial se está volviendo menos lineal de lo que era; las dinámicas socioeconómicas son más difíciles de desenmarañar y hay una escasa sorpresa ante acontecimientos que no siguen el curso esperado. A veces, la sorpresa parece genuina; si fuese así (¿pero es posible?) revelaría mucho acerca de las falsas ilusiones del desarrollo en el periodo de posguerra. A medida que la política de aumento de las infraestructuras se desestabiliza parcialmente, emerge la sensación de indecisión e incluso de apertura: en drástico contraste con décadas anteriores, cuando todo era evidente por sí mismo y casi automático. Pero la apertura no durará; a finales de la década de 1970 se reinsertará el piloto automático, esta vez *en route* hacia el «ajuste estructural».

Deudas y reestructuración

En los informes de la década de 1980 predominan las deudas del Sur, y los *ajustes estructurales* que constituyen la palabra clave de la década. La semántica de la crisis es omnipresente –*deterioro, déficit, declive, endeudado, problemas, difícil*– y define los parámetros que deben cumplirse antes de conceder a cualquier país un nuevo préstamo: *balanza de pagos, cuenta corriente, servicio de la deuda*. La esperanza de *recuperación,* por su parte, se oye con mucha menos frecuencia. Es la «filosofía del desarrollo» de la época: recetas liberales que garantizarán lo único que importa: una vuelta al *crecimiento*. Esto significa la *expansión del comercio,* la *ampliación del sector privado,* el aumento de la *competitividad;* es preciso redefinir las reglas de la actividad económica (haciéndolas más libres) y reducir el papel del Estado. Es el momento de la *liberalización* del *sector público*. Las personas deben aprender a ser *eficientes* y *en término de su coste-beneficio,* cuidar del *rendimiento,* desarrollar *incentivos*. El Banco esboza las soluciones y exige que se *apliquen,* dejando poco espacio para la negociación. *Reestructurar* y *reprogramar* son la única forma de tranquilizar a los acreedores.

He aquí algunos detalles cronológicos. En los años 1982-1989, el principal grupo semántico sigue siendo melancólico: *desaceleración, estancamiento, degradación, depreciación, devaluación, caer/cayó, exacerbado, grave*. En la década de 1990 se produce un cambio a *sector privado, privatización, privatizado, sector financiero, solvencia crediticia,* junto con *actividades orientadas al mercado* y *construcción de instituciones,* una contraseña para las liberalización/privatización de las instituciones públicas. El léxico de las finanzas planetarias no ha emergido aún, aunque el de la naturaleza, el medioambiente y la sociedad civil empieza a circular. Mientras tanto, la *gestión* deja su impronta en una serie de verbos que expresan las duras políticas prescritas por el Banco: *abordar, apuntar, acelerar, apoyar, reestructurar, aplicar, mejorar, fortalecer, establecer propósitos, alcanzar*...

Aparte de las palabras en sí, es la naturaleza del lenguaje del Banco la que está cambiando: haciéndose más abstracta, más distante de la vida social concreta; un código técnico, despegado de la comunicación cotidiana y reducido a los factores económicos cruciales para el pago de la deuda. Las soluciones están desconectadas de cualquier especificidad: son las mismas para todos, en todas partes. Enfrentado a las consecuencias potencialmente devastadoras de los impagos, el principal objetivo del Banco ya no es el desarrollo, sino, más sencillamente, el rescate de

los prestamistas privados (Harpagón: «¡Mi cofre! ¡Mi cofre!»). Es necesario salvar al banquero antes que al cliente: las dudas han desaparecido y las creencias centrales del Banco se recalcan una y otra vez: es necesario fortalecer la economía adelgazándola; es necesario reestructurar el sector público y crear condiciones favorables para la empresa privada y el mercado; el Estado debe reducirse y aumentar su eficiencia. Dichas «soluciones» trascienden la necesidad de responder a la crisis de la deuda: aspiran a la transformación social mediante la vuelta a un liberalismo sin concesiones.

II. Patrones gramaticales

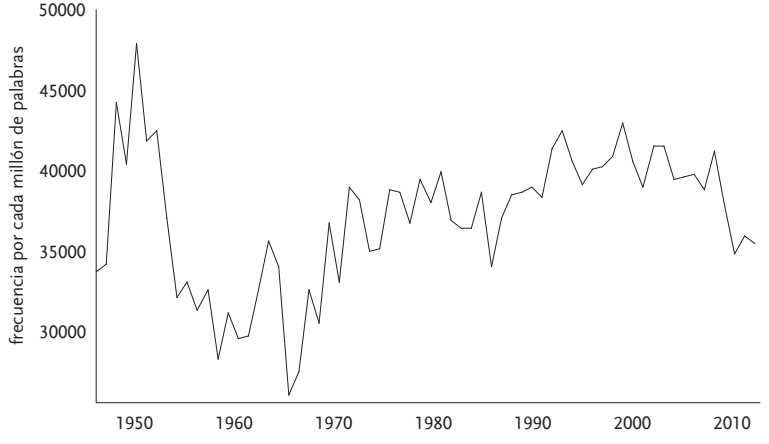
Por el momento, nuestros resultados han sido bastante directos: a medida que evoluciona la situación económica, la política cambia, y el lenguaje también; pero el Banco en sí sigue siendo el mismo. Centremos ahora nuestra atención en aspectos del lenguaje que cambian muy poco, y con mucha lentitud. Una «burocratización» del discurso del Banco, podríamos llamarlo; aunque es algo más: es un estilo que se organiza en torno a unos cuantos elementos y entonces empieza a generar su propio mensaje. Permítasenos explicarlo, volviendo a los párrafos citados al comienzo de este artículo. El de 1958, sobre «el actual sistema de transportes en el Congo», estaba lleno de *ríos, explotaciones agropecuarias, mercados, ferrocarriles, puertos, minerales, ciudades*... No podía estar más claro. El segundo extracto, de 2008, era distinto. Veámoslo de nuevo:

> *La nivelación del campo de juego en cuestiones globales*
>
> Los países de la región están emergiendo como actores clave en asuntos de interés global, y la función del Banco ha sido la de apoyar sus esfuerzos estableciendo alianzas mediante plataformas innovadoras para un diálogo perceptivo y para la acción sobre el terreno, así como apoyando la cooperación Sur-Sur.

Cuestiones, actores, preocupación, esfuerzos, plataformas, diálogo, terreno... «Toda la tendencia de la prosa moderna se aleja de lo concreto», escribía Orwell en «La política y la lengua inglesa», y sus palabras son tan ciertas hoy como lo eran en 1946. El Banco resalta la importancia de lo que está diciendo –*clave, global, innovador, ilustrativo*–, pero sus palabras son completamente opacas. ¿Qué intenta decir –u ocultar– en realidad?

La opacidad es difícil de entender, por lo tanto, la descompondremos en unidades más pequeñas, empezando por su «alejamiento de lo concreto». En el pasaje de 2008, los términos *acción* y *cooperación* pertenecen a una clase de palabras conocidas normalmente como «nominalizaciones» o «sustantivos abstractos derivados»; derivados, en este caso, de verbos: «actuar», «cooperar»[8]. En inglés, dichos términos son reconocibles por su habitual terminación en *-tion*, *-sion* y *-ment* (*implementation, extension, development*...); de forma que extrajimos de los informes todas las palabras con dicha terminación y comprobamos a mano las seiscientas más repetidas para eliminar *station*, *cement* y otras palabas similares. El gráfico 7 presenta los resultados. De acuerdo con la lingüística de corpus, la frecuencia media de las nominalizaciones derivadas de verbos en la prosa académica es del 1,3 por 100. En los informes del Banco Mundial, la frecuencia se acerca al 3 por 100 desde el comienzo, con un pico más elevado en torno a 1950, y sigue creciendo, de manera lenta pero constante, alcanzando una meseta del 4 por 100 entre 1980 y 2005, y cayendo ligeramente a partir de entonces.

Gráfico 7: Nominalizaciones



[8] Respecto a las nominalizaciones, véase Douglas Biber, Susan Conrad y Randi Reppen, *Corpus Linguistics: Investigating Language Structure and Use,* Cambridge, 1998, pp. 60 y ss; y Douglas Biber, Stig Johansson, Geoffrey Leech, Susan Conrad y Edward Finegan, *Longman Grammar of Spoken and Written English,* Londres, 1999, pp. 325 y ss.

Una clase de palabras cuya frecuencia duplica o triplica la de discursos comparables[9]. ¿Por qué? ¿Qué hacen las nominalizaciones para que los informes las usen con tanta insistencia? Toman «acciones y procesos» y los convierten en «objetos abstractos», establece una definición lingüística estándar[10]: uno no respalda a países que cooperan entre sí, respalda la «cooperación Sur-Sur». Una abstracción en la que la temporalidad queda abolida. «La *provisión* de servicios sociales y las *evaluaciones* de países y planes de *acción* que ayudan en la *formulación* de políticas para la *reducción* de la pobreza», escribe el informe de 1990, y las cinco nominalizaciones crean una especie de simultaneidad entre una serie de acciones que son de hecho muy distintas entre sí. Proporcionar servicios sociales (acción una) ayudará (dos) a formular políticas (tres) para reducir la pobreza (cuatro): hacer esto llevará *mucho* tiempo. Pero en el lenguaje del informe, todos estos pasos se han contraído en una sola política que parece tomar forma al mismo tiempo. Magia.

Y además –continúan los autores de *Corpus Linguistics*– en las nominalizaciones, las acciones y los procesos están «separados de los participantes humanos»[11]: cooperación, no Estados que cooperan entre sí. «*Contaminación, erosión* del suelo, *degradación* del terreno, *deforestación* y *deterioro* del *entorno* urbano», se lamenta otro informe reciente, y la ausencia de actores sociales es asombrosa. ¿Todas estas tendencias aciagas y ningún responsable? La *priorización* entra en los informes cuando la crisis de la deuda acecha; el significado, de manera muy sencilla, es que no todos los acreedores serán tratados por igual: algunos recibirán su reembolso de inmediato, otros más tarde; algunos recibirán la totalidad, y otros no. Alguien ha decidido, por supuesto, los criterios por los cuales

---

[9] Esto, por supuesto, no significa que *todas* las nominalizaciones aumenten su frecuencia. En paralelo con los cambios semánticos descritos en páginas anteriores, muchos términos relacionados con procesos políticos [*legislación, representación*], la diplomacia entre Estados [*acuerdo, negociación*] o las formas de vigilancia crítica [*examen, investigación*] se han vuelto marcadamente menos frecuentes con el transcurso de los años; *acuerdo* era la quinta nominalización más frecuente en los primeros informes, y ahora ocupa el puesto decimoquinto; *legislación* ha caído del puesto trigésimo primero al nonagésimo noveno, y así sucesivamente. Por el contrario, otros términos han disfrutado de un ascenso vertiginoso: *gestión* ocupaba solo el número decimoctavo a comienzos de la actividad del Banco, y ahora se encuentra en segundo lugar; *aplicación, ajuste, evaluación, compromiso* y *valoración,* ninguna de las cuales se encontraban entre las cien nominalizaciones más frecuentes, ocupan ahora el octavo, el noveno, el undécimo, el decimotercero y el decimocuarto lugar. Véase también el gráfico 9.

[10] D. Biber *et al., Corpus Linguistics,* cit., pp. 61 y ss.

[11] *Ibid.,* pp. 61 y ss.

X recibirá un trato distinto a Y. Pero la *priorización* oculta ese hecho. ¿Por qué X y no Y? Por la priorización. Ante esta palabra, nadie puede ya ver –ni siquiera imaginar– un sujeto concreto encargado de tomar una decisión. La «entrega»: un organismo secreto estadounidense secuestra ciudadanos extranjeros para entregarlos a otro servicio secreto, de otro país, que los torturará. En la «entrega» todo ha desaparecido. Magia[12].

Esta transmutación recurrente de las fuerzas sociales en abstracciones convierte los informes del Banco Mundial en documentos extrañamente metafísicos, cuyos protagonistas no son a menudo agentes económicos, sino principios, y principios de naturaleza tan universal que es imposible oponerse a ellos. Nivelar el campo de juego en cuestiones globales: nadie pondrá jamás objeciones a estas palabras (aunque nadie podrá jamás, por supuesto, decir qué significan realmente). Estas ideas son tan generales que normalmente se presentan en singular: desarrollo, gobernanza, gestión, cooperación. Es la «singularización» que Reinhart Koselleck descubrió en el pensamiento de finales del siglo XVIII: las «historias» que «previamente habían existido en plural, porque habían ocurrido historias de todo tipo», se convertían en «historia en general»; los «progresos» de las diferentes ramas técnicas e intelectuales convergieron en un solo «progreso», etcétera[13].

Para Koselleck, la singularización resultó de la «creciente complejidad de las estructuras económicas, tecnológicas, sociales y políticas», que obligó a la teoría social a aumentar el «grado de generalidad» de sus

[12] Magia negra, en este caso, congruente con el hecho de que «el discurso político y la escritura son en gran medida defensa de lo indefendible», como Orwell decía en su ensayo de 1946. De manera interesante, el propio Orwell había encontrado las nominalizaciones –«una masa de latinajos cae sobre los datos como tranquila nieve, borrando el perfil y cubriendo todos los detalles»– entremezcladas con los fenómenos que él describía: «Aldeas indefensas están siendo bombardeadas desde el aire», escribe, y «a esto lo llaman *pacificación*. A millones de agricultores les roban sus tierras [...], y a esto lo llaman *rectificación de fronteras*. Personas encarceladas durante años sin juicio, o tiroteadas en la nuca o enviadas a morir de escorbuto en campos de trabajo del Ártico: esto se llama *eliminación de elementos poco fiables*». («Politics and the English Language», 1946, ahora en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, vol. IV, 1945-1950, Harmondsworth, 1968, p. 166). El sesgo político-militar de los ejemplos de Orwell los hace, por supuesto, muy distintos de las nominalizaciones típicas del Banco Mundial; de manera poco sorprendente, los informes nunca usan términos como *pacificación*, *rectificación* y *eliminación*. Agradecemos a Dallas Liddle que nos señalase este aspecto del ensayo de Orwell.

[13] Reinhart Koselleck, «On the Disposability of History», y «*Neuzeit:* Remarks on the Semantics of Modern Concepts of Movement», en *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Cambridge (MA), 1985, pp. 200, 264 [ed. cast.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993].

categorías[14]. Lo cual es cierto: los sustantivos abstractos singulares nos permiten sintetizar y generalizar, y son, por lo tanto, indispensables para la construcción del conocimiento. Pero los informes del Banco Mundial no tratan principalmente sobre conocimiento: tratan sobre política; en política, la singularización no sugiere una mayor generalidad, sino una coacción más fuerte. Solo hay una forma de hacer las cosas: una senda de desarrollo; un tipo de gestión; una forma de cooperación. Es difícil de creer, pero el verbo *to disagree* [disentir] nunca aparece en los informes; *disagreement* [desacuerdo], dos veces en setenta años[15]. Es la fórmula hecha famosa por Margaret Thatcher: «No hay alternativa». Y las singularizaciones insisten en esto; no con argumentos, sino con el «hecho» inexpresado de un patrón gramatical recurrente. Las políticas del Banco Mundial cambian, como hemos visto, pero la singularización no: cada nueva política es la única posible (gráfico 8)[16].

La transición de los grupos semánticos a las estructuras gramaticales –de la primera a la segunda parte de este artículo– supone, por así decirlo, una cierta pérdida de impulso: en comparación con las sorprendentes trayectorias de los gráficos 1-6, con aumentos que multiplican por cinco o por diez, la leve inclinación del gráfico 7 no impresiona demasiado. Pero su lentitud nos cuenta algo igual de importante: tras todos los cambios había cristalizado con éxito el primer elemento de un «estilo» institucional. Las nominalizaciones siguieron siendo inusualmente frecuentes, porque «funcionaban» de maneras muy interconectadas: ocultaban el sujeto de las decisiones, eliminaban las alternativas, dotaban a la política escogida de un halo de principio elevado y realización rápida. Su abstracción era el eco perfecto de un capital que a su vez se estaba volviendo cada vez más desterritorializado; su insufrible fealdad –¡*priorización*, por favor!– les otorgaba cierta fiabilidad pedante; su ambigüedad les permitía adaptarse a los infinitos pequeños ajustes que mantienen la paz en el

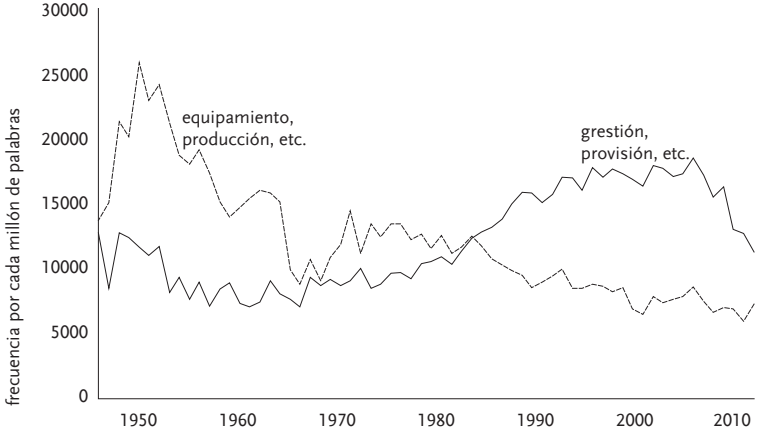
[14] No es, por supuesto, algo baladí el que las «historias» se convirtiesen en «historia en general» en el contexto específico de la Europa de finales del siglo XVIII, que estaba imponiendo un dominio creciente sobre los demás continentes. A este respecto, la singularización creó al mismo tiempo conocimiento *y* jerarquías, sometiendo el sistema-mundo a una única perspectiva europea.

[15] Tan difícil de creer, que tres personas distintas lo comprobaron en cuatro ocasiones separadas, siempre con el mismo resultado. En cuanto a *agree* [coincidir] y *agreement* [acuerdo], aparecen ochenta y ocho y mil setecientas setenta y tres veces respectivamente.

[16] El hecho de que, en las nominalizaciones, las acciones estén absolutamente absorbidas en el sustantivo, aumenta la sensación de un mundo unidimensional. Si cualquiera habla de «gestores» [*managers*], podemos (al menos en teoría) imaginarlos actuando de más de una forma; si alguien habla de «gestión» [manage*ment*], hay ya una forma específica de actividad inscrita en el término y determinada de antemano por el mismo.

orden mundial. Y así, esta masa de latinajos se convirtió en ingrediente fundamental de «cómo hablar de política». Los campos semánticos específicos ascienden y caen junto con sus referentes; son, casi podríamos decir, la *histoire événementielle* del lenguaje político. La gramática está hecha de reglas y repetición, y su política está en consonancia con los ciclos más largos: estructuras, más que acontecimientos. No define *una* política del Banco, sino la forma en la que se ponen en palabras *todas* las políticas. Es el espejo mágico en el que el Banco Mundial puede mirarse, y reconocerse en cuanto institución.

Gráfico 8: Dos políticas, una gramática



Si comparamos las veinticinco nominalizaciones más frecuentes de las primeras y las últimas décadas de la historia del Banco, emergen dos grupos políticos muy distintos: el primero está definido por términos como *equipamiento, producción, construcción, regadío, operación, distribución, rehabilitación, terminación, transmisión*; el segundo, por *gestión, provisión, declaración, ajuste, evaluación, aplicación, valoración, participación, corrupción, opción*. Solo siete de los veinticinco términos son compartidos por los dos grupos, siendo *desarrollo* el más frecuente, con creces, en ambos casos. (El gráfico muestra la frecuencia de ambos grupos una vez eliminado *desarrollo*).

Y... y... y...

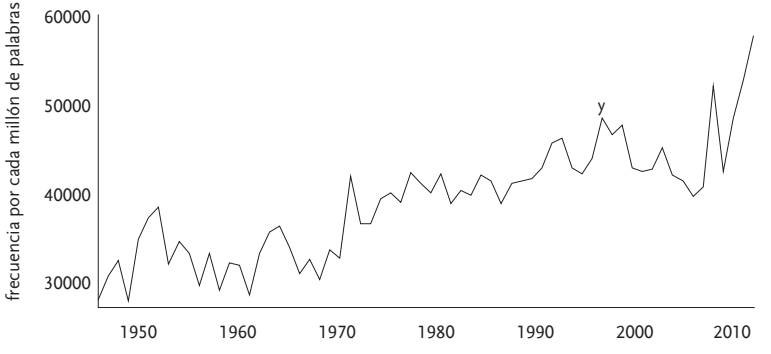
En el comentario del gráfico 3 analizamos brevemente las agrupaciones de *gobernanza,* pero no mencionamos que la mayor sorpresa la proporcionó la agrupación más frecuente de todas: *and*. ¿*Y*? La palabra más frecuente en inglés es el artículo determinado *the:* todo el mundo lo

sabe. ¿Qué hace entonces *and* en el primer puesto de la lista? Dos pasajes del informe de 1999 pueden ayudar a explicarlo:

> Promover la gobernanza corporativa *y* políticas de competencia *y* reformar *y* privatizar empresas estatales *y* las reformas del mercado laboral/la protección social.
>
> Se concede mayor importancia a la calidad, la capacidad de respuesta *y* las alianzas; a la compartición de conocimientos *y* a la orientación hacia los clientes; *y* a la reducción de la pobreza.

El primer fragmento –una monstruosidad gramático-política– es un pequeño regalo a nuestros pacientes lectores; el segundo, más comedido, indica mejor la retórica en cuestión. La compartición de conocimientos no tiene en realidad nada que ver con la orientación hacia los clientes; la reducción de la pobreza, nada que ver con ambas. No hay razones para que aparezcan juntas. Pero esos *y* las conectan de igual modo, pese a la total ausencia de lógica, y su crudeza paratáctica se convierte casi en una justificación; sí, debemos cuidar de nuestros clientes (somos, recuerden, un banco); ¡pero también nos importan los conocimientos y la cooperación y la compartición y la pobreza!

Gráfico 9: La parataxis del Banco Mundial



Inicialmente, la frecuencia de *y* en los Informes del Banco Mundial rondaba el 2,6 por 100, que es también la frecuencia media en la prosa académica. En los pasados sesenta años, su presencia casi se ha duplicado (y es incluso mayor, cerca del 7 por 100, en la proximidad de *gobernanza*).

«Jerga bancaria», hemos escrito, imitando el famoso neologismo de Orwell; pero hay una diferencia crucial entre los lexicógrafos de *1984* y

los redactores anónimos del Banco. Mientras que los primeros estaban fascinados por la aniquilación («Es algo hermoso, la destrucción de palabras [...], cada año menos y menos palabras, y el alcance de la conciencia disminuye constantemente»), los segundos sienten un placer infantil por multiplicar las palabras y, más en concreto, los *sustantivos*. La frecuencia de los sustantivos en la prosa académica se sitúa por lo general algo por debajo del 30 por 100; en los informes del Banco Mundial siempre ha sido significativamente más elevada, y ha aumentado de manera lenta y regular con los años. Es la perfecta retórica para introducir el «mundo» en el «banco»: una «enumeración caótica» de realidades dispares –por citar una expresión acuñada por Leo Spitzer–, que sugiere un universo en expansión constante, fomentando un sentimiento de admiración y asombro en lugar de la comprensión crítica.

El último fragmento que citamos –sobre la «orientación hacia el cliente» y la «reducción de la pobreza»– es un buen ejemplo de otro tic presente en el discurso en inglés del Banco Mundial: usar un sustantivo para modificar a otro sustantivo. He aquí algunos ejemplos de estos «sustantivos adjuntos», como habitualmente se denominan, del informe de 2012:

> La eficacia de las operaciones del Banco [*operations effectiveness*], incluida la calidad y la *orientación hacia los resultados* [*results orientation*] de sus operaciones y las *actividades de conocimiento* [*knowledge activities*], el rendimiento de su cartera de préstamos, la integración de género en su funcionamiento operativo, la *realimentación de los clientes* [*client feedback*], y el uso de los *sistemas nacionales* [*country systems*].

Nuestra agenda ha incluido la igualdad de género [*gender equality*], la seguridad alimentaria [*food security*], el cambio climático [*climate change*] y la biodiversidad, la inversión en infraestructuras [*infrastructure investment*], la prevención de desastres [*disaster prevention*], la innovación financiera y la inclusión.

Los sustantivos de aposición, explica la *Longman Grammar,* son una forma de premodificación: en *poverty reduction* [reducción de la pobreza], por ejemplo, *poverty* modifica a *reduction* al ir delante de él (mientras que en *the reduction of poverty* lo modifica apareciendo detrás, un caso de posmodificación). Hay una diferencia: al estar «sistemáticamente más condensados que los posmodificadores», explican los autores de la gramática de *Longman,* los premodificadores, en consecuencia, «identifican

de manera mucho menos explícita la relación de significado»[17]. Es decir, más condensados y menos explícitos. Condensados, ante todo: es una retórica ágil, sucinta, incluso un poco impaciente; el lenguaje de quienes tienen mucho que decir y ningún tiempo que perder. Y después, está la cuestión de la claridad. En el caso de *the reduction of poverty*, por seguir usando ese ejemplo, quien sepa lo que significa cada palabra sabrá también lo que significa *la expresión:* el todo es sencillamente la suma de sus partes. Pero *poverty reduction*, como *disaster prevention*, o *competition policies* [políticas de/para/en torno a la competencia], no es solo la suma de sus partes; como hemos visto, es una expresión en código –el código del «discurso de la gestión», cuyo significado está más relacionado con «enfoques» y «marcos» que con «empleo» e «ingresos». «*Food security*», escribe el informe de 2012; ¿y qué es eso exactamente? Es lo opuesto a «*food* in*security*» [inseguridad alimentaria], ante todo; que, a su vez, es un neologismo acuñado por Naciones Unidas –a medias refinamiento conceptual y a medias eufemismo burocrático– para lo que antes se denominaba *hambre*. Si el lector desconoce el nuevo código, las palabras le resultan inútiles[18].

Aquí, el proceso iniciado con la llegada de las nominalizaciones (que presentan clara afinidad electiva con los sustantivos adjuntos: «operations *efectivity*» [efectividad de las operaciones], «results *orientation*» [orientación a los resultados], «disaster *prevention*» [prevención de desastres]...) alcanza su cenit: la «masa de latinajos» une fuerzas con el código interno del «discurso de la gestión», haciendo la realidad social cada vez más irreconocible. Pero se mantiene una cuestión. ¿Cómo ha podido esa tortuosa forma de expresión convertirse en uno de los discursos principales sobre el mundo contemporáneo?

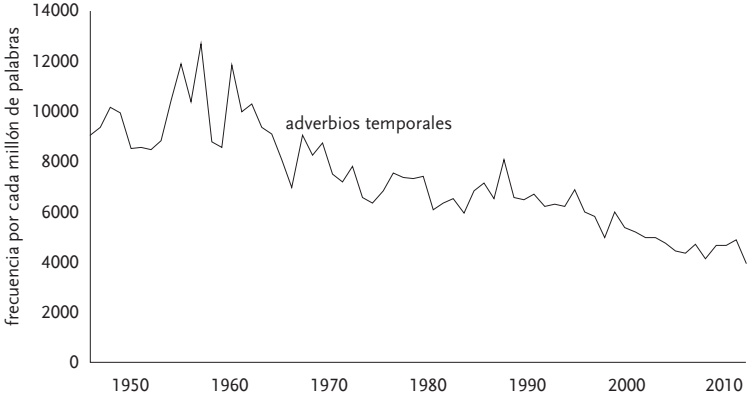
---

[17] D. Biber *et al., Longman Grammar of Spoken and Griten English,* cit., pp. 588, 590.
[18] Y lo cierto es que el Banco Mundial *quiere* comunicar en código. Mencionamos antes el experimento efectuado sobre las agrupaciones de *pobreza* y *reducción de la pobreza* [*poverty reduction*]; pero la idea inicial era ligeramente distinta: nuestra intención era comparar *poverty reduction* y *the reduction of poverty*, para ver si había alguna diferencia semántica entre la premodificación y la posmodificación. Sin embargo, tuvimos que abandonar nuestra idea cuando resultó que *poverty reduction* aparecía mil ciento noventa y ocho veces, y *the reduction of poverty* solo treinta y ocho. Lo cual es, por supuesto, una locura, pero al menos deja perfectamente claro que para el Banco Mundial la premodificación y la posmodificación *no* son equivalentes, y que prefiere de manera descarada la más críptica de ambas construcciones.

De aquí a la eternidad

En el libro titulado *Laboratory Life,* Bruno Latour y Steve Woolgar se preguntan por el extraño destino de las hipótesis científicas: ideas que empiezan su existencia como «declaraciones controvertidas», sitiadas por todo tipo de objeciones, pero en algún momento logran «estabilizarse» y ser aceptadas como «hechos» puros y simples. ¿Cómo lo consiguen? ¿Cómo logran las ideas controvertidas del Banco Mundial ser aceptadas como el horizonte «natural» de todas las políticas posibles? El movimiento clave, escriben Latour y Woolgar, consiste en «liberar» a una afirmación de «todos los determinantes de lugar y tiempo, y de toda referencia a quienes la hacen»[19]. Los gráficos 10-11 muestran de qué modo tan decisivo ha lidiado el Banco Mundial con dichos «determinantes».

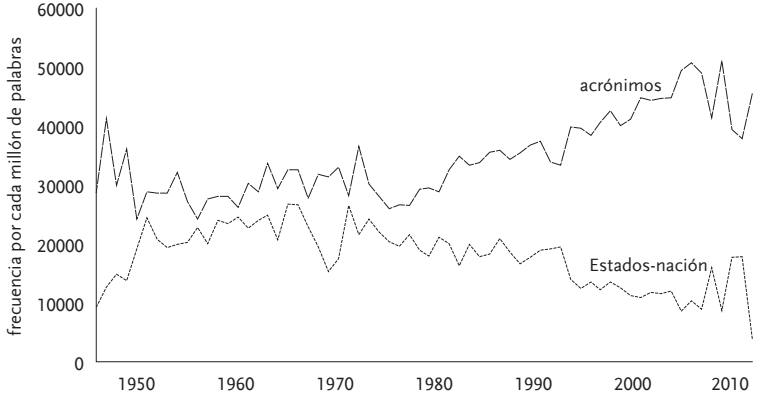
Gráfico 10: *Tempus fugit*



Entre 1946 y 2008, la frecuencia de los adverbios temporales (*ahora*, *recientemente*, *más tarde*, etcétera) ha caído más del 50 por 100. Puesto que estos adverbios son la forma más sencilla de situar los acontecimientos dentro de un sistema de coordenadas temporales, su desaparición sugiere un drástico debilitamiento de la percepción del tiempo en los informes del Banco Mundial.

[19] Bruno Latour y Steve Woolgar, *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts,* Princeton, 1986, pp. 106, 105, 175.

GRÁFICO 11: Descenso del Estado-nación, ascenso del acrónimo



Las menciones de Estados-nación aumentan en la década de 1950 y se estabilizan en su punto máximo en 1960, con el reconocimiento de muchos países africanos. A finales de la década de 1970, tras haber avanzado más o menos en paralelo durante un par de décadas, la frecuencia de Estados y acrónimos diverge drásticamente, hasta el extremo de que en la actualidad la frecuencia de estos últimos cuadruplica la de los primeros: señal clara de que el actor geopolítico en el que «los determinantes de lugar» son primordiales empieza ahora a estar eclipsado por aquellas entidades transnacionales –no solo la ONU, el FMI, la OIT, o la FAO, sino también el COSO [Committee Of Sponsoring Organizations], el FASB [Financial Accounting Standards Board], los PRSP [Poverty Reduction Strategy Papers], y así *ad libitum*– en las que el espacio parece completamente superado.

La creciente indiferencia al espacio y al tiempo no es solo cuestión de cantidad. Si observamos los párrafos en los que están articulados los informes, salta a la vista un detalle: los finales han cambiado por completo. He aquí algunos ejemplos de 1955:

> Se ha terminado de construir una moderna planta procesadora de café, financiada por el Banco del Desarrollo, en Jimma, centro de una importante área cafetera.

> Se han instalado centrales telefónicas automáticas en Addis Abeba y Gondar, y centrales manuales en otras poblaciones.

> Esto ha fomentado la inversión en sectores tales como la metalurgia y los productos químicos, que constituyen grandes consumidores de energía eléctrica, y ha llevado a Noruega a desarrollar más capacidad generadora per cápita que cualquier otro país.

Jimma, Addis Abeba, Gondar, Noruega: en estas frases, la firme especificidad geográfica va acompañada de una percepción igualmente firme del tiempo. «Se ha terminado de construir» la planta procesadora de café; «se han instalado» centrales telefónicas; la inversión «ha llevado». Se pone el foco sobre los *resultados*; el párrafo termina cuando el proceso termina; la categoría gramatical pertinente (el aspecto del tiempo verbal) es el pretérito perfecto, que indica que una acción se ha completado. Esto es aplicable incluso en casos más complejos, como este de 1948:

> Las conclusiones de la misión *señalaron* que los factores que *habían producido* una posición del tipo de cambio favorable en Filipinas *eran temporales*, y *resaltaron* la necesidad de *conservar* divisas extranjeras, de *restringir* la financiación inflacionaria local, de *tomar* medidas para *disminuir* el impacto de la *prevista* reducción de la entrada de dólares, y de *obtener* ayuda técnica *en la planificación* de proyectos de desarrollo específicos.

Aquí, la sensación inicial de logro («señalaron», «habían producido») conduce al horizonte del presente («conservar», «restringir»), y después a un futuro múltiple: Filipinas tendrá que «tomar medidas» (pronto) «para disminuir el impacto» (más tarde) de una «reducción prevista de los ingresos» (en algún momento intermedio entre esos otros dos futuros). La temporalidad es compleja, pero sus dimensiones están claras: el pasado es el ámbito de los resultados; el presente, de las decisiones; el futuro, de las perspectivas y las posibilidades. En años recientes, sin embargo, esta diferencia se ha diluido. He aquí un final de párrafo de 2003:

> El IDA se ha estado moviendo para apoyar estas estrategias mediante el préstamo para programas.

Sea lo que sea el préstamo para programas, el IDA no lo ha hecho en realidad; «se ha estado *moviendo*», sí, pero eso es todo; y ni siquiera se ha estado moviendo para hacer, solo para «apoyar» que se haga. Hemos oído tantas filípicas acerca de la «responsabilidad» en años recientes que era de esperar una avalancha de tiempos pasados en el lenguaje del Banco: después de todo, la responsabilidad solo puede evaluarse con referencia a lo que se ha *hecho*. Y por el contrario, los tiempos verbales del pasado han dejado de constituir para los informes la forma adecuada de «concluir» una declaración; en su lugar encontramos la temporalidad vaga, un tanto amorfa, del progresivo y el gerundio (cuya frecuencia en inglés ha aumentado aproximadamente un 50 por 100 con los años). He aquí algunos ejemplos recientes:

> El Segundo Proyecto de Desarrollo de Kecamatan está *beneficiando* a unos 25-30 millones de indonesios que habitan en las zonas rurales *ofreciendo* a los aldeanos herramientas para *ir desarrollando* su propia comunidad (2003).

> El Banco aceleró significativamente sus esfuerzos por ayudar a los países clientes a soportar el cambio climático *respetando* al mismo tiempo otro aspecto de su misión principal: *promover* el desarrollo económico y la reducción de la pobreza *ayudando* a proporcionar energía moderna a las economías en crecimiento (2008).

El Banco ha *acelerado,* pero solo sus *esfuerzos*; y todo lo que estos esfuerzos harán es *ayudar;* y todo lo que harán los que reciben la ayuda será *abordar* [*cope*]; y el ayudar [*helping*] y el abordar [*coping*] tendrán que *respetar* la promoción [*promoting*] de la ayuda [*helping*] (¡otra vez!) proporcionada a las economías en crecimiento [*growing* economies]. Pero no merece la pena buscar el significado de estas páginas en lo que dicen: lo que realmente importa aquí es la proximidad establecida entre la elaboración de políticas y las formas acabadas en *ing*. Es el mensaje de los innumerables titulares que enmarcan el texto de los informes: «*Working* with the poorest countries», «*Providing* timely analysis», «*Sharing* knowledge», «*Improving* governance», «*Fostering* private sector and financial sector development», «*Boosting* growth and job creation», «*Bridging* the social gap», «*Strengthening* governance», «*Levelling* the playing field on global issues». Todo extremadamente estimulante, e igual de impreciso: porque la función de los gerundios consiste en dejar indefinida la compleción de una acción, privándola así de un contorno definido. Emerge un presente en expansión infinita, en el que las políticas están siempre en progreso, pero también *solo* en progreso. Muchas promesas, y muy pocos hechos. «Todo tiene que cambiar, para que todo siga igual», escribía Lampedusa en *El Gatopardo*; y lo mismo ocurre aquí. Todo cambio, ningún logro. Todo cambio, y ningún futuro.